

MEMORIAS

SOBRE LA VIDA

Y SOBRE ALGUNAS OBRAS

DE

Juan Jacobo Barthelemy,

ESCRITAS POR EL MISMO EN LOS AÑOS DE 1792 Y 1793.

MEMORIA PRIMERA.

En la inaccion á que me obligan mis males, y los acontecimientos del dia, encerrado en una habitacion donde la imagen de las mas heróicas virtudes bastaria para endulzar la impresion de los mayores trabajos*, voy á describir sin meditacion y sin aliño las principales circunstancias de mi vida.

* En la habitacion que la ciudadana Choiseul le habia dado en su casa.

Los materiales que voy á reunir, hubieran podido servir en otro tiempo al secretario perpetuo de la academia de inscripciones y bellas letras, encargado de hacer el elogio histórico de cada uno de los miembros de este cuerpo: hubieran tambien servido á aquellos biógrafos, que qual el P. Nicéron, escribiendo la historia de los literatos, recogiesen hasta sus menores producciones, y los hechos mas indiferentes; y no los consultarían sin utilidad los que en los países extranjeros tratasen los mismos asuntos que yo he tratado, porque quizá hallarian algunas noticias útiles. Digo en los países extranjeros, porque este género de literatura se puede mirar como absolutamente perdido en Francia.

Varios autores célebres, como M. Huet, nos dejaron la relacion de sus hechos y escritos, y tenían derecho para perpetuar su memoria, é interesar en ella á la posteridad. Yo por mi parte no tengo otro motivo que el de ocupar algunos de estos instantes, que el dia de hoy se pasan con tanta amargura. Dejaré estas chochees á mis sobrinos, á quienes siento no poder dejar cosa de un precio mas efectivo.

Hace ya mucho tiempo que mi familia está establecida en Aubagne, pequeña, pero hermosa ciudad en

tre Marsella y Tolon. Josef Barthelemy, mi padre, que tenía bastante caudal, casó con Magdalena Rastit, hija de un comerciante de Cassis, puertecito inmediato, donde estaba entonces muy floreciente el comercio. Yo nací aquí en 20 de enero de 1716, en un viage que hizo mi madre para ver á sus padres; y luego me llevaron á Aubagne, donde pasé mi infancia.

Cuando tenía yo cuatro años, perdí á mi madre, muy joven todavía; y los que la conocieron me la pintaban como una muger amable, que tenía talento y espíritu. No tuve la dicha de aprovecharme de sus ejemplos; pero tuve la dulzura de llorarla mas de una vez. Mi padre inconsolable por su pérdida, me tomaba de la mano, y me llevaba todos los dias por mañana y tarde á un lugar solitario, en una temporada que estuvimos en el campo. Allí me hacia sentar junto á sí, se anegaba en llanto, y me exhortaba á llorar á la mas tierna de todas las madres. Lloraba yo en efecto, y mis lágrimas aliviaban su dolor. Estas escenas lastimeras, reiteradas por mucho tiempo, causaron en mi pecho una impresion tan profunda, que no se ha borrado jamas.

Habia dejado mi madre dos hijos y dos hijas. Jamas hubo una familia ni mas unida ni mas exacta en el

cumplimiento de sus obligaciones. De tal manera habia ganado mi padre la estimacion de sus conciudadanos, que el dia de su muerte fué un dia de duelo para toda la ciudad. La de mi hermano produjo en adelante el mismo efecto; y cuando he visto pasar á sus hijos esta sucesion de virtudes, no me he envanecido de mi nacimiento; pero he tenido orgullo, y me he dicho muchas veces, que no escogeria otro linage y parentela, si la eleccion se hubiera puesto en mi mano.

A los doce años me puso mi padre en el colegio del Oratorio de Marsella, donde entré en la clase de medianos. Continué las otras bajo el P. Raynaud, que despues sobresalió en los púlpitos de Paris. Antes se habia distinguido en los premios de prosa y poesia, ganados en la academia de Marsella y en la francesa. Tenia muy fino gusto, y se complacia en ejercitar el nuestro. En la retórica se redobló su esmero. A siete u ocho nos detenía despues de la cátedra: nos leia nuestros mejores escritores: nos hacia notar sus bellezas: sostenia nuestro interes pidiéndonos nuestro voto; y aun algunas veces nos proponia asuntos para ejercitar nuestro talento.

Un dia nos propuso la descripcion de una tempestad en versos franceses: cada cual llevó la suya, y en la

mañana siguiente se leyeron en nuestra pequeña junta; y parece que quedó contento con la mía. Un mes despues dió públicamente un ejercicio literario en una sala grande del colegio. Yo era demasiado tímido para hacer allí papel, y me fui á colocar en un rincon de la sala, en la cual se juntó en un momento lo mas lucido de Marsella, tanto en damas como en caballeros. Vi que repentinamente se levantaron todos, y era que llegaba M. de la Vislede, secretario perpetuo de la academia de Marsella, establecida algunos años antes, quien gozaba de muy distinguida estimacion. El P. Raynaud, su amigo, le salió al encuentro, y le hizo colocar en el primer asiento. Entonces tenia yo quince años. En este numeroso concurso se hallaban las damas mas lindas de la ciudad, bien adornadas; pero yo no veia mas que á M. de la Vislede, y mi corazon palpitaba al verle.

Ve aquí que un momento despues se levanta, y con él el P. Raynaud, quien despues de haber mirado á todas partes me descubrió en mi rincon, y me hizo señal de que me acercase. Bajé mi cabeza, me encogí, y quise esconderme detras de mis camaradas, quienes me descubrieron. En fin, habiéndome llamado el P. Raynaud en voz alta, creí oír mi sentencia de

muerte. Se habian fijado en mí las miradas de todos, y me ví obligado á atravesar la sala de parte á parte, entre bancos estrechos y muy juntos, cayendo á cada paso á derecha é izquierda, hácia atras y hácia adelante, enganchando vestidos, manteletas, peinados, etc. Despues de una carrera tan larga y desgraciada, llegué cerca de M. de la Vislede, que tomándome por la mano, me presentó á la asamblea, y la habló de la descripcion de una tempestad, que yo habia dado al P. Raynaud, y ademas hizo el elogio mas pomposo de mis pretendidos talentos. Yo estaba mucho mas aturdido, porque esta descripcion estaba casi toda tomada de la Iliada de La Motte. Ultimamente, M. de la Vislede calló; y se podrá juzgar de mi situacion por mi respuesta, que pronuncié con una voz trémula: « Señor... Señor... yo tengo el honor de ser.... vuestro « humilísimo y obedientísimo servidor Barthelemy. » Me retiré avergonzado, y desesperado de tener tanto ingenio.

M. de la Vislede, á quien tuve motivo de tratar en adelante, celoso de los progresos de la literatura, se interesaba vivamente en favor de los jóvenes que descubrian algun talento; pero era tan bueno y tan condescendiente, que no podia inspirarles mas que presuncion.

Por eleccion propia me habia determinado á seguir el estado eclesiástico; pero como el Obispo de Marsella Bellunce, rehusaba ordenar á los que estudiaban en el Oratorio, pasé á estudiar filosofia y teología con los Jesuitas. En el primer curso de estas facultades, queriendo el profesor darnos la idea del cubo, despues de atormentarse mucho sin provecho, tomó su bonete de tres picos, y nos dijo: ved aquí un cubo. En el segundo el profesor de por la mañana echaba espuma, y gesticulaba como un energúmeno dos horas cada dia, y por tres años enteros para probarnos, que las cinco proposiciones estaban en Jansenio.

Por fortuna yo me habia formado un plan de estudios, que me hacia indiferente á las bestialidades y furoros de mis nuevos regentes. Antes de dejar el Oratorio habia suplicado á uno de mis compañeros, que me comunicase los cartapacios de filosofia que se dictaban allí; y era el sistema de Cartésio, que tanto desagradaba á los Jesuitas. Yo copiaba y estudiaba ocultamente mis cartapacios. Al mismo tiempo me dediqué á las lenguas antiguas, especialmente al griego, para facilitarme el estudio del hebreo, cuyas raices dispuse en versos técnicos, mas malos todavía que los de las raices griegas de Port-Royal. Despues com-

paré el texto hebreo con el samaritano, y tambien con las versiones caldea y siriaca; y me apliqué al estudio de la historia eclesiástica, especialmente á la de los primeros siglos.

Estos trabajos llevaron la atencion del maestro encargado de darnos por la tarde lecciones sobre la Biblia, Concilios y Padres. Era un hombre de mérito. Su voto me lisonjeaba, y para justificarle formé el proyecto de unas conclusiones, que él me habia de presidir, y que debian abrazar las principales cuestiones sobre los Libros santos, y sobre la historia y disciplina de la Iglesia. Eran muchas. Cada artículo debia ser el resultado de una multitud de discusiones, y pedía un examen profundo. Diez vigorosos benedictinos no se hubieran atrevido á encargarse de empresa tan desmesurada; pero yo era joven, ignorante, é insaciable de trabajo. Sin duda que mi maestro temió desanimarme, si me advertía que el plan era muy vasto; y yo me precipité en el caos, y me hundí tan profundamente, que caí enfermo de peligro. En el estado de languidez en que permanecí mucho tiempo, no deseaba mi salud mas que para abusar de ella otra vez.

Recobrada esta, entré en el seminario de Marsella, dirigido por los Lazaristas, donde hallé todavía un

profesor de teología muy racional, y todas las mañanas á las cinco, una meditacion que no lo era siempre. Estaba sacada de una obra compuesta por Beuvelet. La mañana despues de mi llegada, se nos leyó lentamente, y en frases desunidas, el capítulo en que Beuvelet compara la Iglesia con un navío: el Papa es el capitán: los Obispos los lugartenientes: venian despues los Sacerdotes, los Diáconos, etc. Era preciso meditar atentamente sobre este paralelo por media hora: sin esperar el fin del capítulo, hallé que en este misterioso navío yo no podia ser mas que un grumete. Díjeselo al inmediato, y este al siguiente, y repentinamente se rompió el silencio con una risa general, cuya causa quiso saber el superior, el cual tuvo tambien la bondad de reirse.

En el seminario tenia yo mucho tiempo. Estudié el árabe, y recogí todas las raíces en el inmenso diccionario de Golio, y compuse versos técnicos detestables, que me costó trabajo aprender, y olvidé luego. Para juntar la práctica con la teórica, traté con un joven maronita, educado en Roma en el colegio de la Propaganda, y establecido en Marsella en casa de uno de sus tios, que seguía el comercio de Levante. Venia todos los dias á mi cuarto, y hablábamos en árabe.

Un día me dijo que yo podía hacer un gran servicio á muchos maronitas, armenios, y á otros católicos árabes, que no entendian bien el frances, si les queria anunciar la palabra de Dios en su lengua. Tenia él algunos sermones árabes de un jesuita, predicador de la Propaganda : escogimos el menos absurdo, y yo le aprendí de memoria. Mis oyentes, que en número de cerca de cuarenta, se juntaron en una sala del seminario, notaron un acento extrangero en mi pronunciacion ; pero en lo demas quedaron tan contentos, que me pidieron con instancia otro sermon. Convine en ello, y á la mañana siguiente volvieron algunos á suplicarme que los oyese en confesion ; pero yo les respondí que no entendia el language de los pecados árabes.

Aquí no habia mas que una escena de locura ; pero ved aquí otra que puede servir de leccion contra el charlatanismo de erudicion. Habia formado mi maestro para mi uso algunos diálogos árabes, que en preguntas y respuestas contenian varios cumplimientos, preguntas, y otros asuntos de conversacion, por ejemplo : Buenos dias : cómo está V. — Bueno para servir á V. — Hace dias que no veia á V. — He estado en el campo, etc.

Un dia se me avisó que preguntaban por mí á la puerta del seminario. Bajé, y me ví rodeado de diez ó doce personas de los principales negociantes de Marsella. Traian con ellos una especie de mendigo, que habia venido á buscarlos á la Bolsa. Les habia dicho que era judío de nacimiento : que le habian elevado á la dignidad de Rabino ; pero que penetrado de las verdades del Evangelio, se habia hecho cristiano : que estaba instruido en las lenguas orientales ; y que para convencerse de ello, se le podia poner en disputa con algun sabio. Estos señores añadieron con urbanidad, que no habian dudado traérmele. Quedé tan espantado, que me cubrió un sudor frio. Intentaba probarles, que estas lenguas no se aprenden para hablarlas, quando este hombre comenzó repentinamente el ataque con tal intrepidez, que al principio me dejó confuso. Por fortuna advertí que decia en hebreo el primer salmo de David, que yo sabia de memoria. Le dejé decir el primer verso, y yo respondí con uno de mis diálogos árabes. Continuamos, él con el segundo verso, y yo con la letania de mi diálogo. La conversacion se hizo mas viva : hablábamos los dos á un tiempo, y con la misma rapidez. Yo le aguardaba al fin del último verso, y él calló en efecto ; pero para asegu-

rarme el honor de la victoria, añadí todavía otras dos frases, y dije á aquellos señores, que aquel hombre merecia por sus conocimientos y desgracias el que se interesase por él su caridad. Por su parte él les dijo en un mal chapurrado, que habiendo viajado por España, Portugal, Alemania, Italia y Turquía, jamas habia hallado un hombre mas habil que el joven abate. Yo tenia entonces veinte y un años.

Esta aventura metió mucho ruido en Marsella: entre tanto cuidé yo de prevenir el escándalo, refiriendo fielmente el hecho á mis amigos; pero no se me dió crédito, y se tuvo por cosa milagrosa.

Concluí el tiempo de mi seminario, y aunque penetrado de los sentimientos de la religion, y acaso por lo mismo, no tuve la menor idea de entrar en el ministerio eclesiástico. Hubiera podido mi Obispo sacar algun partido de mi aficion al trabajo, con uno de aquellos beneficios simples pequeños que él daba; pero sabia que yo habia leído á S. Pablo, y á los Padres Jansenistas de la primitiva Iglesia, como S. Agustin y S. Próspero. Sabia tambien que yo visitaba muy poco á dos jesuitas que estaban á su lado, y le hacian pensar y querer, el uno el P. Fabre, que apenas sabia leer, pero sí divertirle con cuentos alegres; y el otro

el P. Maire, que le tenia en accion contra los Obispos jansenistas, contra los parlamentos, contra los enemigos de los Jesuitas, y por consiguiente de la Iglesia. Reunia en sí este todos los mayores empleos. Era teólogo del Obispo, intendente y mayordomo del palacio, primer vicario general y administrador del obispado. Su antecala siempre llena de curas y de vicarios, parecia á la de un ministro de Estado ó de un intendente general de policía. Por otra parte era seco, imperioso, insolentísimo, y no teniendo mas que una ligera tintura de ciencia, se creía el hombre mas habil del mundo. Yo le encontré algunas veces por casualidad; y un dia que estaba mas accesible, me dijo que las academias perderian la religion. Nunca se me ha borrado de la memoria esta expresion.

Al abrigo del P. Maire, y de todo accidente funesto, dueño de mi tiempo y de mis acciones, sin mas deseos que los que podia satisfacer, pasaba mis dias tranquilos en goces que no me dejaban ningun remordimiento.

Pasaba una parte del año en Aubagne, en el seno de una familia que yo adoraba, en una pequeña sociedad de personas amabilísimas, y ya estuviésemos en la ciudad, ó ya en las casas de campo, nos divertia-

mos en lecturas y conciertos. Algunas veces iba á Marsella á visitar á algunos miembros de la academia, con los cuales tenia relaciones. De este número era M. el abate Tournier, canónigo de S. Victor, tan distinguido por sus virtudes, como por sus conocimientos en la historia de la edad media. Habia suministrado muchas notas instructivas á los autores de la *Gallia christiana*, y para el suplemento que el abate Carpentier hizo al Diccionario de Ducange. Tal era tambien M. Cari, que se habia dedicado con fruto al estudio de los monumentos antiguos. Tenia un hermoso gabinete numismático, y una preciosa coleccion de libros conformes á su gusto; y á él le debemos entre otras obras la historia en medallas de los reyes de Tracia y del Bósforo. Sus conocimientos en todas materias, dirigidos por un espíritu excelente, y adornados con modales dulces, hacian su trato tan agradable como instructivo. Yo le queria mucho; y cuando su memoria me recuerda otras muchas pérdidas mas sensibles todavía, no veo en la vida mas que una carrera cubierta por todos lados de espinas, que nos desgarran sucesivamente nuestros vestidos, y nos dejan por fin desnudos, y cubiertos de heridas.

Algunas veces despues de haber pasado un dia en-

tero con mi amigo, tratando de varios asuntos de literatura, me iba por la noche á los Mínimos, donde el P. Sigaloux, corresponsal de la academia de las ciencias, hacia observaciones astronómicas, á las cuales se dignaba asociarme; porque, ya que hago aquí mi confesion general, debo contar entre los descarríos de mi juventud el tiempo que perdí en el estudio de las matemáticas, y en especial de la astronomía. Tambien me acuso de haber hecho entonces muchos versos detestables, aunque conocia los buenos modelos; y muchas disertaciones críticas, á pesar de no tener los libros necesarios. En fin, en no sé qué año, las religiosas de Aubagne me propusieron por el carnaval, el que les predicase los domingos de cuaresma, y acepté. No tenia ni sermones, ni sermonarios, ni aun la biblioteca de predicadores. Comenzaba un sermón el lunes, y le predicaba al domingo siguiente. Al año inmediato hubo nuevo empeño, nuevos sermones, y tan poca precaucion; pero de tal suerte agotó mis fuerzas esta segunda tentativa, que no pude acabarla.

Despues de haber andado vagueando, pasando mucho tiempo de una materia en otra, reflexioné sobre mi situacion. Me hallaba sin destino: llegaba ya á veinte y nueve años: la familia de mi hermano se au-

mentaba, y podia llegar á serle gravoso algun día. Todos me aconsejaban que me fuese á Paris; ¿y qué podria yo hacer allí, yo tan incapaz de intrigas como desnudo de ambicion, sin talento decidido, y sin conocimientos profundos? Yo estaba como un viagero que trae muchas monedas pequeñas de los paises que ha andado; pero ningun oro. No sé qué motivo triunfó de estas poderosas razones. Partí en fin, y pasé por Aix, donde fui á ver á M. de Bausset, canónigo de la catedral, natural de Aubagne, donde estaba establecida su familia. Yo le conocia mucho; y me dijo que estaba propuesto para el primer obispado que vacase: que habia puesto en mí los ojos para partir conmigo los trabajos y los honores en clase de provisor, de vicario general, etc., y que luego que fuese nombrado iria á Paris, de donde me traeria. Me preguntó si me acomodaba el plan. Estaba yo lleno de alegría, y se lo prometí todo, bien persuadido á que la fortuna nunca me ofreceria una colocacion ni mas agradable ni mas ventajosa. Ya tenia una colocacion, y la debia á un hombre, que juntaba al caracter mas amable todas las virtudes, y sobre todo una bondad extremada, que es la primera de todas.

Libre con esto de un peso insoportable, llegué á Pa-

ris por el mes de junio de 1744. Llevaba muchas cartas de recomendacion. Presenté una á M. de Boze, guardamedallas del rey, de la academia francesa, y antiguo secretario perpetuo de la academia de inscripciones y bellas letras. Aunque naturalmente frio, me recibió con mucha urbanidad, y me convidó á su mesa en los martes y miércoles. El martes estaba destinado para muchos de sus compañeros de la academia de bellas letras: el miércoles á M. Reaumur y algunos de sus amigos. Aquí fué donde ademas de Reaumur conocí á M. el conde de Cailus, á M. el abate Sallier, bibliotecario mayor del rey, á los abates Gedoin, de la Bletterie, de Resnel: á MM. de Toncemagne, Duclos, Luis Racine, hijo del grande Racine, etc. No puedo explicar la turbacion que se apoderó de mí la vez primera que me ví entre ellos. Sus palabras, sus gestos... todo lo notaba. Estaba admirado de ver que comprendia todo lo que decian. Ellos debieron estarlo mucho mas de mi turbacion cuando me hablaban.

Tal era en mi juventud este profundo respeto mio á los literatos, que conservaba los nombres hasta de los que enviaban enigmas al Mercurio. De esto resultaba contra mí un inconveniente considerable; y es que yo admiraba, y no formaba juicio. En muchísimo tiempo

no he leído libro alguno sin confesar interiormente mi incapacidad de hacer otro tanto. En mis últimos años he sido mas atrevido con respecto á las obras de crítica y antigüedad; porque mis largos trabajos me habian adquirido derechos á mi propia confianza.

Cuando ya estuve algo familiarizado con algunos miembros de las academias; extendí mis conexiones. Ví las singularidades de Paris: frecuenté las bibliotecas públicas: pensaba en M. el abate de Bausset: buscaba en la gaceta el anuncio de algun obispado vacante; pero luego le veia provisto en otro distinto.

Al cabo de un año con corta diferencia, M. de Boze, á quien yo visitaba frecuentemente, y el cual sin designio, al parecer, me habia preguntado mas de una vez sobre mis proyectos, me habló de los suyos con aquella indiferencia que afectaba aun hácia las cosas que deseaba con más ahinco. El gabinete de medallas exigia un trabajo á que no le permitia su edad entregarse. Desde luego contó con asociarse á M. el baron de la Batie, sapientísimo anticuario de la academia de las bellas letras. Acababa de perderle, y vacilaba sobre la eleccion de un asociado, porque este depósito, no puede confiarse mas que á manos puras, y pide tanta probidad como conocimientos. Me hizo

vislumbrar la posibilidad de esta asociacion, y le manifesté la satisfaccion que seria para mi trabajar bajo su direccion. Como yo conocia su extremada discrecion, como tambien sus conexiones con M. Bignon, bibliotecario, y M. Maurepas, ministro del departamento, creí que se terminaria este asunto en ocho dias; pero era tan pausado y tan circunspecto, que no se verificó hasta muchos meses despues. La confianza que hizo de mi interesó tiernamente mi corazon, y procuré corresponder á ella en los siete años que viví con él en la intimidad mas estrecha; y despues de su muerte suministré las noticias mas propias para honrar su memoria á M. de Bougainville, que formó su elogio histórico, como secretario perpetuo de la academia de bellas letras.

Las que añado aquí no la afearán ciertamente, y son una consecuencia natural de las relaciones que tuve con él. Reinaban en su persona el orden y el aseo; y se notaban en sus muebles, y en un excelente gabinete de libros, casi todos encuadernados en tafíete, y perfectamente nivelados en sus estantes. Cartones hermosos colocados en ricos armarios contenian sus papeles ordenados por clases, copiados por un secretario que escribia perfectamente, y que no debia per-

mitir que se le escapase la menor falta. Ponia en su semblante y en sus palabras una dignidad, un peso, que parecia realzar sus menores acciones, y en sus trabajos una importancia, que nunca le permitia despreciar las precauciones mas leves que pueden asegurar el buen éxito. Voy á citar un ejemplo. Aunque dejó la secretaría de la academia, continuó componiendo las medallas, inscripciones y divisas pedidas por los ministros, ciudades y cuerpos. Tenia para esta clase de trabajo un talento particular, y una paciencia que lo era mas todavía. ¿Se trataba de una medalla? Despues de meditar mucho tiempo sobre el asunto, y fijándose en una idea, la enviaba á su secretario, quien le traia una copia trazada. Volvia á trabajar sobre ella, y á cada mudanza habia una nueva copia del secretario. Determinado una vez el plan, llamaba á Bouchardon, dibujante de la academia. Despues de tratar largamente sobre la disposicion de las figuras, y sobre todos los accesorios del tipo, trabajaba el artista un primer borron, que algunas veces necesitaba un segundo. Concluido en fin el diseño, se le enviaba á su destino con una memoria, en que se explicaba el espíritu del monumento; y esta memoria iba acompañada de una carta, en la cual el ojo mas lince no podría descubrir

la menor irregularidad en las letras, en la puntuacion, ni aun en los dobleces de la cubierta. Aprobado por el rey el proyecto de la medalla, se enviaba al grabador, y M. de Boze velaba todavía sobre la ejecucion.

Aquí me acuerdo ahora de la dolorosa impaciencia que me causaban tantas menudencias; mas yo experimenté otra mas fuerte todavía, cuando despues de su muerte, vuelta á la academia la composicion de medallas, de lo que siempre habia estado zelosa, ví á los comisarios nombrados para presentarla algun proyecto de una medalla, ó de una inscripcion, estar perezosos para ir á la junta, contentarse con la primera idea, y darse prisa á salir: cuando presentado á la academia el proyecto de los comisarios, vi sesiones enteras perdidas en discutir y disputar sin resolver nada: cuando yo ví que se velaba tan poco sobre los artistas, que tratándose de la medalla que representa la estatua de Luis XV, viendo el grabador que las letras de la inscripcion de la base quedaban pequeñas, y no se podian leer sin lente, grabó las primeras letras que se le vinieron á la cabeza, de modo que es imposible entenderlo.

Me levantaba á las cinco á trabajar: á las nueve